Ida Vitale

PREMIO CERVANTES

# El abc de Byobu



Lumen

# El abc de Byobu

Lumen

*narrativa*

*A Juan Sánchez Peláez,*
*Alejandro Rossi y*
*Lorenzo García Vega,*
*Alastor en Playa Albina*

*Pago mi impuesto al sainete sublunar.*
RAMÓN LÓPEZ VELARDE

*En cas de danger, plaisante.*
HENRI MICHAUX

# Una historia

Hay una historia. No se sabe con precisión cuándo ha empezado. Quienes podrían estar relacionados con ella, en realidad ignoran que la historia no existe. No tiene un nombre que la identifique y no es claro si tiene un protagonista o dos. Puede ser la historia de A que B no acepta o al revés. También puede ocurrir que ninguno sepa que la historia existe y les concierne. Es harto probable que uno muera sin saber que él es el verdadero protagonista de la historia y que el otro ha usurpado su lugar. De todos modos, la existencia de una historia, incluso si no está bien definida y bien atribuida, incluso si solo está en etapa de constitución, apenas a nivel de latencia, difunde emanaciones de estilo impreciso pero perentorio. Byobu, que sospecha su existir oscuro, se siente obligado a escrutar como un filatélico los bordes de su posible aparición. No es cosa de subestimar la desordenada densidad flexible: en cualquier momento puede adquirir una velocidad orientada que abata sobre él su irrespirable marasmo. Porque muchos sueñan con la aventura que cada día debería empollar para ellos. Para cuando asoma, perciben algún defecto, hasta los signos de una pavorosa lepra sobre la apariencia que suponían tentadora. Y se desentienden, aunque no olviden la llamada desoída. Pero la historia queda libre, sin ocupación, como rayo que ningún pararrayos ataja. Y Byobu sabe que él es el expuesto por excelencia. Por eso vigila, sin confianza, las historias que vagan libres, sin A ni B que las acepten.

# La vida no es una línea recta

Byobu se levanta temprano. No muy temprano, pero al no tener ningún trabajo urgente que hacer, su comienzo le parece siempre en exceso matinal. ¿Qué desayunará? ¿Jugo, té, yogurt, cereales? Simplifica, no sin inquietud: cereales y café. ¿Café, sí? Entre tanto, busca un disco compacto y a poco de empezar la música sabe que no es la que tiene ganas de escuchar en ese momento. La reemplaza dos veces mientras concluye el desayuno. Necesita comprar algunas provisiones. Elige cierto mercado, pero este es el menos selecto. Allí encontrará azúcar, pero no el té y el vinagre que prefiere. También debe poner una carta en el correo. Para eso tiene que tomar otro rumbo. ¿Qué es lo más urgente, entonces? Mientras se baña resolverá la duda. Pero, entre lavarse o no la cabeza y tras una idea atractiva que se le cruza, olvida lo que pensaba tener resuelto al terminar su ducha. Además, en el momento de vestirse vacila entre ponerse o no cierto pantalón o destinarlo al lavadero.

Quizás por el vapor caliente, a esta hora de la mañana Byobu es un ser agotado. Debería leer un poco para descansar. Eso apareja el problema de la elección del libro, ya que por su habitual incertidumbre siempre tiene varios en diferentes etapas de lectura. Cerca del sillón donde se ha dejado caer espera uno de cuentos. Eso no lo salva de la necesidad de optar. ¿Cuál de todos? El autor elegido o es de aquellos —por suerte ya escasos— que se complacen en complicarle la vida al lector o un acomodaticio que no quiere contrariar a quien quizás lo admire: el protagonista del cuento al fin elegido debe tomar partido por un joven que colabora con él u optar

por la sociedad para la cual ambos trabajan, cuyas exigencias la posición política de este contraviene; pero el final es ambiguo. El autor supone que quien lo acompañe en los vericuetos de su invención tiene sus ideas claras y que recurrirá a ellas para poner su final al relato.

No es el caso, claro, de Byobu, que siente el peso de una duda suplementaria, añadida a las que ya se confundían en su cabeza. Pero resuelve aferrarse a su proyecto inicial y salir. Logra hacerlo. Al llegar a la calle siente una chispita húmeda sobre su nariz. ¿Viene de un gorrión en vuelo? ¿El vecino del piso alto riega con descuido sus macetas? Hay nubes. ¿Va a empezar un diluvio? Tres posibilidades de las que deriva una alternativa ante la que deberá escoger de inmediato. ¿Regresar? Si sale, deberá buscar un paraguas.

De pronto, recuerda que un amigo quedó en llamar por teléfono. Sería descortés no estar para atenderlo.

¿Cómo se le ha pasado así la mañana? Tendrá que volver para esperar la llamada o para buscar el paraguas. Quizás esto sea inútil: sonará el teléfono y la conversación se prolongará, como la cortesía le pide a muchos. Así habrá llegado la hora del almuerzo. También, probablemente, la de que la lluvia se precipite, si es su idea, con lo cual la cadena de opciones de toda la mañana se disolverá, porque Byobu, si bien admite ser víctima de una lluvia imprevista, nunca sale cuando esta es ya un hecho palpable.

# Amor muy platónico

Ama el sol. No puede vivir sin sol. Huye de él. Sabe que en la otra acera, donde está la casa abrumadoramente blanca, está también el oasis bajo la encina, por un tiempo medido, mientras no llegue el otoño a salvarlo de la desintegración con que el verano lo amenaza. Parcelas de grajos, pese a su negror que parece a prueba de todo, de pronto ya no resisten. Cristalizadas, se fracturan, libran a su suerte la materia verde, que se organiza bajo distintos nombres, menos perecederos que ella. Sucesivos espejismos centellean y se apagan, quebrando las variables distancias en el camino que Byobu se hubiera propuesto recorrer, sí, de no estar obligado a detenerse en el cobijo de la sombra dulcísima, para desde allí espiar ese sol, ante el cual se siente abrumado, sin el cual no sabría vivir.

# Byobu, apenas corpúsculo

Se oyen bocinas, voces, raras vibraciones, el aire llega cargado de similitudes. ¿Qué pasa? —pregunta Byobu. Nada —le responden—. ¿Qué habría de pasar? ¿Qué querrías que pasara? Byobu disminuye la receptividad de su oído, para no ser menos. Queda preguntándose cómo ser más, cómo ser más.

# Trabajos terrestres

Lo importante está debajo de las superficies, sospecha Byobu. Por eso escarba, escarba donde se le abra un espacio libre, donde pueda alcanzar un brazo de suelo sin árboles, sin casas, sin cáscara. Ama la tierra, la tierra húmeda de abajo, negra o gredosa, a la que desmonta de piedrecitas —que agrupa—, de mínimos bulbos en agraz. Con brío llega a la lombriz, que brota en la más sombra, en el humus oloroso, hebra vibrátil, contorsionista que se retuerce gratuita, ingrata con la luz, agravando su drama. El susto la atumora, le empalidece una parte, le amorata otra mientras Byobu mira y mira ecuánime a la lívida.

Gustarle, no le gusta ese falso gusano que nunca generará mariposa. De pronto, zas, la escinde en dos. Dos lombrices trabajan más que una, arbitran más galerías, airean lo agrumado, cumplen mejor su aplicación. Con eso Byobu, por hoy, siente también más aire en su conciencia minuciosa.

# Nudos

Byobu concluye que deberá empezar por terminar. Terminar de terciar entre desastres, de intentar atemperar las trepidaciones de tranvías cuyos trayectos lo ignoran. Deberá desistir de tibias transacciones desastrosas. Dejar de lado limbos. Ignorar todo lo que iniciaron inicuos. Cerrar, cerrar, cerrar: cerrazones se avecinan, las rejas cantan, jarifas, rayando verticalmente el paisaje repetido. Todo converge a generar la jaula, a la que Byobu deberá ajustarse, si no empieza, justamente, por terminar. Ha descubierto que la costumbre de mirar hacia adelante, tanto como la de caminar hacia adelante, tiende lazos. Y para cada lazo nunca hay una sola mano predispuesta al tirón. Imagina una teoría de puntos finales. Pero ya se sabe. Muchos puntos seguidos se transforman en puntos suspensivos. Entonces, ¿habrá de prever una suspensión definitiva de su horizonte corredizo? Nudos, puntos, lazos, magnitudes que se reducen, desastres.

# Vizcachas, camellos, Polonios

Tierra desgarrada sin saberlo, que presume de garras y solo llega a arañar pretextos, con rutina de retóricas varias. Atina a la calma, se dice Byobu, menos amargura o concluiremos en gurapas patrias. *No es sordo el mar, la erudición engaña*. ¿Quién dice que no venga de las orillas arenosas el toque de gracia? Traer camellos a ese lugar de dunas damnificadas sería ocasión de agregar humor, algo de arbitrariedad vital a la monotonía que desde siempre nos arbitran las llanuras. Las amazonas iban por las selvas desmochándose la gracia de los senos. Aquí las dunas de las playas libres los pierden arrasadas por motorizados sin piedad, como las de Cabo Polonio. ¿No es suficiente castigo su nombre? En este desorientado país oriental nadie se ha ruborizado de haber asentado en bronce, entre lo verde merecedor de otras honras, al *Viejo Vizcacha*, personaje innoble de una obra como el *Martín Fierro* donde suele exaltarse la nobleza, entronizando o «enrecadando» —ahí lo tenemos sentado en sus aperos— la viveza sin vergüenza ni escrúpulo. Quien así bautizó el bello y por tanto tiempo inocente cabo, ¿habrá imaginado singularizarse con un homenaje, patronímico este, al triste personaje en el que Shakespeare compendió las miserias cortesanas? Byobu, que creyó que con mirar el mar alcanzaba la serenidad, suspira. Qué coherente es todo: la elección, los electores, el silencio. *El resto*, como dijo Álvaro Cunqueiro, con suave desdén, *es música de Borodin*.

Entre tanto, por más sol que nos brille, andamos en escocias.

# De lo anodino

De la capacidad de Byobu de detenerse a observar cosas minúsculas y carentes de importancia, que no requieren la atención de nadie, se podría deducir que su vista no es buena. No recuerda cuándo se detuvo en su primer crisantemo pero habla con gusto del brusco. Si se lo permiten se demora en describirlo. Demuestra lo absurdo de su elección detallando cómo esa planta, calma como casi todas, se constituye en matorrales siempre verdes, de hojas oscuras, duras y ovaladas, cuya única singularidad apenas visible es una mota blanca de la que bien se podría prescindir —en realidad unos pocos pétalos minúsculos que rodean un ínfimo punto negro, instalado en el centro de sus hojas en calidad de flor.

¿Fue el nombre bifronte lo que le extrañó o que floreciera algo tan opaco? ¿O que una flor pudiera ser tan anodina? Lo cierto es que atesoró como un vicio el conocimiento del brusco, poco frecuente en los jardines, ya que la gente tiene por lo general estimas más ostentosas y justificadas. Sin embargo, un inventivo remedió la sosera con la que se conformó la naturaleza: Byobu descubrió un día ramas secas de brusco en un negocio elegante, disimuladas bajo un atractivo rojo anaranjado, más decorativas así que esas rosas muertas a las que se hace rendir hasta su último suspiro, formando con ellas una piña con la nostalgia de su antiguo olor.

También por esa época persiguió, sobre vegetaciones a su alcance, unos escrúpulos de gusanos, confundibles con parvos

palitos (o partículas de cortezas mínimas). En elfos descubrió la mímesis y la olvidó hasta Auerbach.

A menudo, distraído por alguna minucia que lo absorbe en ese momento, pierde fragmentos de conversación que después se revelan importantes. No entiende, o sí, cuando le pormenorizan su sordera, obvia para los demás. Le consuela pensar que logra oír tanto la tenue modulación de un oboe o de un violín entre el escándalo de la orquesta como el suavísimo llamado de algún pájaro solitario en un árbol distante. Se avergüenza, es verdad, cuando no sabe qué especie es la que así canta.

# Molestias que acongojan a Byobu

Un pelo en uno o en ambos ojos o en la boca.

Sentarse sobre almohadones desplazados de su lugar.

Saber, cuando se va a dormir, que hay una puerta mal cerrada de la ropería o de lo que sea; entrever rendijas por las que pasa un resplandor que al amanecer será luz; oír el tictac de un reloj o el goteo del agua; sentir arrugas en la funda de su almohada o en la sábana o esta sobre los dedos de los pies, si las uñas han sido acabadas de recortar.

Si lee antes de dormir, tener que interrumpir la lectura en la mitad de un párrafo o a punto de terminar un capítulo o un libro.

No es usual pero le ha sucedido: despertar a poco de dormirse (muy pasada la medianoche) con el rítmico golpeteo de una pelota contra la pared. Aquí el tema de la molestia emite un seudópodo: obligado a imaginar la vida de la molesta criatura capaz de producir ese ruido, su estólida apariencia seriada, la desolación de la noche que lo impele a dedicarse a ese ejercicio sin progresión, Byobu se despabilará y dará en imaginar una pelota inteligente que, escapando llena de tedio de la dirección con que ha sido impulsada, abra o atraviese la puerta y corra rebotando por el corredor rumbo a alguna escalera o algún vacío desde donde saltar, en espera de arrastrar tras de sí al deportista trasnochado.

Byobu descubrió de una vez para siempre la molestia grave que entraña la existencia de seres que nunca dicen palabras del todo sinceras. Eso le puede suceder al más pintado. Claro que las almas

pintadas, con mayor soltura que las que se proponen al natural, logran extremos de insinceridad, como es obvio. Hasta con su silencio. Es curioso que muchos supongan que este es sincero y no entraña trampas. Se confunden con los silencios de la música.

También ha descubierto, con resfrío, que las estaciones del tiempo parecen contagiadas de la hipocresía humana, aunque esto sea una molestia menor.

Como necesita la paz tanto como un protozoario requiere un ambiente acuoso, intenta aceptar que las molestias son los guijarros que la vida pone en sus caminos para que un exceso de velocidad no nos impida disfrutar de las muchas magnificencias con que ella esconde su protervia. De ahí que una molestia más sutil y acongojante nazca de percibir lo que ha empezado a insinuarse en su conciencia, exteriorizado en otra y magnificado en sus efectos agresivos; lo que aún no tenía perfiles muy precisos vuelto monstruo agrio y dispuesto al ataque.

# Verano

Los jazmines reinan en el jardín. Por la noche, el jazmín estrella es una Vía Láctea vertical, delirante de olor.

En el bosque, ráfagas de luciérnagas se detienen un instante en el aire, se enredan en el pelo sobre un olor de madreselvas. El calor húmedo las activa y Byobu se deja llevar tras su fosfórica traza.

El mar prepara para la luna espumosos espejos de noctilucas. Como solo se encuentra de tarde en tarde con la naturaleza, a Byobu le gusta imaginar que ambos celebran el acontecimiento con sus mejores ánimos: ella encendiendo todas sus luces, Byobu toda su piel, en una fiesta de aceptación. Y es un gozo de la carne y de la imaginativa sumergirse en el agua apenas fría, agitarla y ver cómo, al contacto con el cuerpo, la enciende una lumbre densa y lechosa, de la que en el primer instante se teme algo como una descarga eléctrica.

Los jazmines, minúsculos salvo en el perfume, regresarán. Las luciérnagas, verde viscosidad que en un vaso ilumina la noche de un cuarto, podrían volver, virazón de otro verano. Pero las noctilucas sutiles, inasibles escalofríos en el agua, abajo tenebrosa, no, siente Byobu, tenebroso y profético: no para él.

# El sapo sensible

Donde la escalera arranca del camino de piedra entre dos espacios de césped, en el último escalón, un sapo se le cruza a Byobu saltando de verde a verde. Lo sigue otro, igual de veloz. No hace mucho, Byobu leyó la lista horrorosa de pequeñas tragedias que podía padecer un inglés del siglo XIX: incluía pisar en un camino a un sapo creyéndolo una piedra. Byobu no es inglés ni decimonónico, pero ahí está en un pie, como una garza, aunque por suerte para los batracios no lo sea. En una magnífica noche de verano como esta es común oírlos, pero verlos no es tan frecuente, pensó Byobu al aparecer el tercero. ¿Por qué el tercero? Bueno, porque tres es número sagrado, como todos sabemos, y porque, además, fueron tres.

Byobu tiene la suerte de contar con un testigo de lo que luego ocurrió. Suele serlo de pocas cosas de las muchas que ocurren a lo largo de los días solitarios de aquel. Pero esta vez estuvo, lo que le permitirá a Byobu contarlo en una conversación sin que alguien imagine que inventa. Para escribirlo, claro, el testigo no es necesario: no se requiere la verdad a la hora de hacer literatura, buena o mala.

Pero volvamos a nuestro sapo —el último—, que ha quedado quieto en el césped, quizás seguro de sus poderes miméticos, mientras el farol lo ilumina espléndidamente. Pasan en confusión por la cabeza de Byobu varios cuentos mágicos de distinto origen y su propio trato con algunas lagartijas, quizás adormiladas por el sol, a

las que ha logrado acariciar hasta el punto de creerse con poderes hipnóticos.

Incluso le viene a la memoria una breve anécdota de Gide que Giono cuenta, sedimento de una visita de varios días que aquel le hace. Giono, harto de perder al jugar al ajedrez con Gide, lo ha enviado a un café de Manosque a enfrentarse con el campeón del lugar. La partida es contemplada por un rústico que viene de pescar en el arroyo cercano, metido en el agua. Primero ha sacado de su bolsillo tibio tres ranas, que coloca junto al tablero, en la mesa de mármol. La frescura de este las tranquiliza y se quedan inmóviles. Mientras se desarrolla la partida, el contemplador se las irá tragando una tras otra con ayuda de un vaso de vino. Durante la consumición, Gide guarda un silencio protestante y asqueado que no impide que la partida del día siguiente se desarrolle con igual acompañamiento. Entonces sí, exigirá que el juego prosiga en lo de Giono y a puertas cerradas.

Entre recuerdo y recuerdo y de ranas a sapos, Byobu, siguiendo un impulso absurdo, adelanta su mano y roza el lomo del sapo, más precisamente lo que en un humano sería un hombro. El animalito permanece quieto bajo el suave movimiento circular. Esto no deja de asombrar a Byobu, que prolonga su gesto. Cuando al cabo de varios minutos resuelve que es hora de seguir camino sucede lo increíble: el acariciado levanta una de sus patitas delanteras y con ella su cuerpo, del lado donde la mano pasa y vuelve a pasar. Y Byobu y el testigo comprueban que está haciendo lo suyo para disfrutar de la caricia imposible, nunca antes recibida, nunca otorgada.

Porque acaba de producirse el encuentro, más azaroso que el de un paraguas y una máquina de coser, entre un desdeñadísimo sapo al que le encanta ser acariciado y una mano humana que puede perder cinco dichosos minutos en darle el gusto.

# Entre sentidos y neutrinos

No es agradable pensar en la muerte y tampoco en las mermas previas. Pero, aunque Byobu, generoso consigo mismo, elude imaginar catástrofes que se relacionen con él, a veces, cuando el cielo parece derrotado por una escuadra de leucocitos, esas ideas pueden presentarse. Se descubre entonces diciéndose que le desagradaría ser sordo; no tanto por perder para siempre la dulce voz humana, no siempre dulce, aun cuando a veces sea querida, o dejar de oír el canto de los pájaros —con indiscreción, ya que no cantan para él—, que le sirve, además, para probar que sus oídos cumplen, trayéndole un trino remoto filtrado a través de la protervia sonora de los vehículos: no admite pensar en quedarse para siempre sin música.

Ofrece la privación de los placeres olfativos pese a saberse muy apto para percibirlos. Se saltea, tramposo, el asunto del gusto. Ha oído que el mundo está cruzado por miríadas de neutrinos. Desearía que Alguien tuviese en cuenta que nunca ha intentado resistirse a esa intromisión y que acepta que su cuerpo sea utilizado como una pantalla perforable, tratando de ser tan buen vehículo como se requiera.

En absoluta soledad, sonríe agradecido cada vez que le llegan ciertas anticipaciones o informaciones por vías anómalas. Lo hace feliz sospechar que pueden provenir de una retribución neutrina. No le importa no *sentir* nada a este respecto, pero sabe que si esta carencia se hiciera extensiva a su piel, a sus mucosas, sería la lepra, no tan encerrada en siglos pasados como los distraídos piensan.

La ceguera, que ha aquejado a seres que él no olvida, sí lo alarma. No ver los colores por los cuales el mundo no es una película de cine primitivo, colores que le permiten predecir el tiempo de mañana, reconocer las flores y las piedras preciosas, un Angélico o cierto paisajista flamenco desde una sala a otra de un museo; no ver cómo cambia el rostro de sus seres más queridos; no poder defender a los libros con su constancia; sí, eso le parece tan grave como para no dejar que ni el nombre de criaturas desagradables se conecte con ese tema.

Quizás por eso anda mirándolo todo con ojos que también son lengua y tacto y oídos y sexo, dejándose penetrar por el mundo y lamentando apenas no tener una mágica memoria donde quepa para siempre todo lo visto y entrevisto y lo leído en las prodigiosas coagulaciones del alfabeto.

# Epifanías

Byobu sabe aquello de que "en cada legua hay un pedazo de mal camino". El pobre es literal y trata de caminarlas salteándolo, sin confiar en todo lo que ve y adoptando argucias de seminarista con dudas.

Ha visto acercarse y pasar muchas modas; ante algunas fue receptivo y las acogió como a nubes que anuncian lluvias fértiles luego de siete años de sequía. A otras se asomó, cortés, mientras una vocecita, cariñosa como propia, y discordante, susurraba: *No estás obligado, de veras*, y, discreto, se apartó.

Recordaba la moda Fanón, un tiempo antes del *O te matas como Poulantzas o matas a tu mujer como Althusser*. Algo le decía que aquello pronto pasaría al olvido. Antes había callado su impasibilidad ante el existencialismo y la obviedad arrogante de su nombre.

Después, como cuando con la primavera se abren las flores por todas partes y *nadie sabe cómo ha sido*, llegaron las epifanías. Era dulce oír aquel coro de voces a cuál más epifánica. De los tiempos de su infancia en que había estudiado con mucho gusto aquella materia desdeñada que se ocupa de las plantas, recordaba su simpatía anormal por las epífitas, como luego, ya en otro campo, por los pífanos, cuya mayor epifanicidad es innegable. Pero nada de esto tenía que ver, claro, entre tanto no se le quitaba la congoja de ser mero testigo de tanto acontecer espiritual. No era mezquino: solo le daba pena entender por qué tan frecuentes cometas no cruzaban deslumbrando sus cielos y sí los de muchos otros. ¿Serían esos los *comedores de ambrosías* o *bebedores de quintaescencias* de los que

hablaba Baudelaire? ¿Pero en otro tiempo esas experiencias no habían sido muy raras y muy escasos los alcanzados por ellas? Los Reyes Magos, es cierto, fueron tres; tampoco un batallón. En cambio, ahora, las manifestaciones prestigiosas saltaban al paso de los dichosos como conejos por los campos de España. Al parecer no había lugares, países privilegiados. La luz llovía por todas partes sobre los elegidos, una y otra vez vueltos fanales ambulantes. ¡Cuánta luz, cuando se reunían algunos epifánicos para certificarse mutuamente sus condiciones!

Se preguntaba Byobu cómo lograría no quedar enceguecido si alguna vez —apenas osaba concebirlo— le tocaba la dicha de compartir esa lluvia de oro para almas extrafinas.

Recordó que en tiempos anteriores todo era inefable. Mucho de lo que los poetas prodigiosamente decían era primero declarado inefable. Había que convencerse de la imposibilidad de decir. Algunos enmudecieron para siempre. ¿Estaría pasando en este momento algo así? La lluvia de estrellas y los innúmeros guías iluminados pululaban en campos donde se había estado profesando la más sombría materialidad, donde esta subyacía aún, visible al menos para él. Pensaba Byobu. Pensaba, sombrío. ¿Qué vendría después? Dado los sabidos movimientos pendulares dentro de los que innova la inventiva humana, era de temerse que la próxima estación aparejara, sabe Dios, quizás reverdecidas flores del mal, pensaba, cauteloso, Byobu.

# Contra el modo argivo

—Y hablando de otra cosa —dijo Byobu, que tenía incoercible inclinación a intrincar los temas, diversificándolos. Abría paréntesis y no siempre encontraba la oportunidad de cerrarlos. La apertura sorpresiva se mostraba propensa a aceptar una nueva oferta de contenidos. ¿Era caridad no dejar sin cobijo cualquier ocurrencia, por ajena que fuese al tema para todos central? El mundo ama las conversaciones en línea recta y en rectas de sentido único. Los entrecruzamientos despistan. Los laberintos marean. Los nudos suelen ser detestados, desde los tiempos de Alejandro, cuando aún no era Magno. Pero Byobu no se corrige de sus prolongaciones rizomáticas.

Hay que recordarle a cada rato lo de Píndaro: *según el modo argivo / su historia será contada con las más breves palabras.*Él simpatiza con los argivos, está en esencial acuerdo con tal máxima y la acepta para los módulos aislados que integren sus relatos; pero a la hora de unirlos, no se sustrae a la deriva. Se desliza como con pies aceitados y elige un hilo embrollado y garabatoso, que muy pronto perderá a su auditorio en los recovecos y nudos, sin duda inútiles, que Byobu no puede dejar de crear.

No explica el motivo de sus bordados: los temas que le dan gusto, por los que iría sin desvíos y con cierta coherencia, suelen abstraer de inmediato a auditores impedidos por vestigios de educación de demostrar que están hartos de serlo. De ahí que cuando, terco, vuelve a aventurarse por alguno de esos temas, avance, consciente de ser inoportuno, como un hambriento entre

bolsas de garbanzos secos, sin uso inmediato, mientras imagina cómo eludir las espinas que ve nacer en el seno, que él insiste en considerar materno, de una sociedad, entre otras cosas, desmemoriada.

# Carrera

Parten. Uno, Byobu, al recordar ciertas angustias nocturnas, acelera. El otro, sorprendido en distracción, se desarzona. Los pájaros los sobrevuelan sin pretender ninguna invisibilidad. Ellos sí, han imaginado que su viaje podía cumplirse en la ignorancia del mundo. Pero existen el este y el oeste —en abierta competencia con el norte y el sur— todavía con cierta dosis de malignidad sin uso, dispuestos a precipitarse sobre los aspirantes a viajeros. Lo hacen. Estos sienten un cambio de presión atmosférica, una predilección que se interrumpe, que es una cosa triste del vivir. Vivir que se les desafina como un instrumento maltratado.

Así como se agotan los espejos convirtiendo volúmenes en superficies y terminan cubiertos de vagas gasas grises o *couleur de cuisse de nymphe éffrayée*, así se agotaron ellos. Se les vino encima el horizonte. Retrocedieron desalentados y entrando al quieto huracán de las habitaciones dejaron la carrera para otro momento, otro momento.

# El habitante

La casa mantenía aún una apariencia digna y Byobu respiraba aliviado cada mañana al comprobar que todo seguía igual. Sin aspirar a un especial empaque, vigilaba con estrecha diligencia los rincones, que la gente a veces descuida. Amaba esa casa porque había sido la de sus padres e incluso la de sus abuelos. Había nacido en ella y en ella quería morir, lo más tarde posible. Además, detestaba los cambios.

Una madrugada de invierno, mientras caía una leve llovizna, en un silencio que de tan compacto lo había despertado con su puro exceso, sintió un leve viborear disminuyente, algo como una veta de agua dulce dentro de la concentrada salinidad de una corriente marina. Miró en el aire del dormitorio, como si buscara el pasaje de una bandada de aves migratorias cuyos chillidos aún no se oyesen. Nada sucedió y se durmió de nuevo. Despertó a la hora habitual pese al inesperado desvelo. Entonces vio una grieta en la pared enfrentada a su cama y se aterró. Su angustia anticipadora no podía haber previsto un hecho sin importancia. ¿Significaba eso que aquella falla iba a cundir por toda la casa hasta convertirse en un desastre? Imaginó la morosa propagación de una hiedra funesta. Pequeñas lagartijas apropiadas sin decoro de todos los muros constituirían no el drama mismo sino su anuncio. El Otro Espacio (con el que el morador mantenía una relación no denunciada pero constante) no advierte sobre minucias. Imaginó el sucumbir de la casa al paso de una manada de fantasmales elefantes en celo o de un huracán tropical, de esos que aparecen cada tanto en noticiarios

que vienen de otras partes menos privilegiadas del mundo. No importa que elefantes y huracanes fueran una presencia incongruente en la aburrida llanura que lo rodeaba.

Empezó a vivir para vigilar la consunción prevista. Melancólico de veras a fuerza de no dormir, los humores negros acrecentados obstruían, cíclicos, hasta el más distraído acceso al sueño. Pero el instinto vital ganó, pese a todo, trayéndole la justificada idea de recurrir a la eutanasia. Una mañana, con sus últimas fuerzas, juntó unas pocas cosas imprescindibles y trasladables, proyectó su sombra sobre las paredes amadas, ante las que pasó con una antorcha jubilosamente viva, liberando por el fuego a su noble hogar de la atroz decadencia de la senectud.

En adelante, entre paredes nuevas cuya dignidad le tenía sin cuidado, durmió con la conciencia tranquila. Tras erradicar lo que de veras mata, la horrible, pequeña, cotidiana angustia, se creyó casi desafectado de la muerte. Quizás, cuando le llegara la hora, despertaría, sin saberlo, en ella, en el tiempo del no tiempo. O la vería acercarse sabiendo que solo lo privaría de la vida, puesto que, en la ultratumba de las cosas queridas, se guardaba su casa pura, salva y en ella la intacta memoria de los suyos.

# La angustia

La angustia de Byobu amanece pugnaz. Líquida, extravasada, ocupa todos sus alrededores. A momentos sólida, seca, invade como arena los huecos que hay naturalmente en las cosas y lugares que nos rodean. Crece dentro de sí, líquida o seca. Es natural, pues, que la respiración se le entrecorte, como si un mal hereditario estuviese a punto de desencadenarse.

Sale a caminar para dejar aquel peso atrás, en poder del viento, cubierto y confundido con una sombra. Supone un ser vacío que camina por una ciudad vacía bajo un cielo vacío. Lo envuelve un concluyente silencio vacío. Quizás alguien piense que el silencio lo está siempre. Ese no ha escuchado la maravillosa plenitud de los silencios generosos. La opresión se expresa de tanto en tanto en fórmulas terribles que no logra reemplazar ni anular. Suponiendo que palabras ajenas e inesperadas podrían dominarla, camina hacia la Biblioteca pública, en busca de las que encierran los libros. Lo acoge la inquietud del mundo: cada libro encierra una forma distinta de desazón, de malestar, de enfermedad o de duelo que pregunta: ¿No es peor mi caso? Cada uno —alma en lucha por salvarse, rehén al que rescata, provisoria, la mano que lo elige— llama con deliciosos recursos tentadores y distintos. Y Byobu cede, entra rara vez en dicha ajena y al cabo se descubre liberado de su propia asfixia, menos grave que alguna que ha entrevisto. No ha sido una operación mágica: ha aprendido a minimizarse.

# Los conocimientos inútiles

Byobu es devoto de los conocimientos sin importancia: pequeños saberes, condenados a desaparecer al no abundar quienes gusten de compartirlos. Sobreviven codiciados horribles conocimientos: los modos de ascender en la sociedad, demostrar mayores conocimientos de los que se tiene, convencer al mundo de que se es adorable, ingenioso, incorruptible, mientras que los otros, los infinitos otros, que a él le parecen la sal de la vida, pronto desaparecerán.

Una vez, un personaje dotado de pocas gracias intelectuales pero que se consideraba el pájaro verde, provisto, por circunstancias no ilegales pero con seguridad inelegantes, de autoridad y bien aprovechadas prerrogativas, lo llevó en auto en un trayecto largo. Atrapado por una circunstancia que ninguno de los dos había podido evitar y consciente de que, pese a todo, estaba recibiendo un favor, Byobu, a solas con él, miraba con desesperación el paisaje inacabable, que un tiempo lento, macizo, iba pautando. Dado que el silencio hubiese sonado a bofetada, ¿de qué hablar? Escrutó varios temas: todos encerraban elementos detonantes. Con cautela, aireó algunos conocimientos menores, pero al menos inocuos: nombres de árboles, de plantas, su uso, su ineficacia, sus características y aplicaciones, su insospechada pertenencia a la misma familia que otros, a simple vista diferentes; dio noticias sobre los nidos de hornero; observó el posible cambio del tiempo (que se produjo) a partir de la actitud de una bandada de pájaros. En algún momento logró un pequeño asombro, leve fisura en la monolítica impavidez

del oyente. Hacia la mitad del trayecto el involuntario chofer sufrió un inusual ataque de taquicardia que lo obligó a detenerse un momento. Byobu, cristianamente seguro de ser culpable, pasó de sentirse víctima a creerse agresor. Como amortización de esa deuda imaginaria, resolvió ofrecerse como pasto a la fiera, ya esta repuesta y reanudado el viaje. Nada mejor que tomarse en broma y darle la alegría de reconocerle ese poder del cual presumía a cada paso.

—Cuando seas ministro (su aspiración máxima) encárgame la cartera de conocimientos inútiles —dijo, haciendo flamear una bandera blanca sobre la guerra intermitente en la que ya hacía mucho que no se sentía vulnerable.

# Byobu atacado
# de imperioso egoísmo

Que no cuenten con él. Él no es un ábaco. Si empiezan a contar, ¿cuándo concluirán? ¿Qué usarán de él para sus operaciones? ¿Su cabeza, poco agraciada por fuera y en exceso íntima por dentro? ¿Sus brazos, sus piernas, esas extremidades fáciles de discernir y pasibles de ser movidas al ritmo de los períodos numerarios? ¿Sus dientes, que no piensa mostrar, salvo que le permitan morder? ¿Sus dedos, a los que tiene en mucho, siendo tan visiblemente útiles, y que van a obligarlo a mantener en un puño? Que no cuenten con él, sobre todo si no lo integran, después de cada operación resuelta de modo satisfactorio, al derroche de la alegría, al *potlatch* sin arrepentimientos, al remanso final, en el que todo se perdona; cuando los sacerdotes, que renacen para esos altos momentos, augurando que ya no será necesario volver a contar nada, oyen, solemnes, las promesas de no incurrir más en tentaciones matemáticas. Estas promesas —vanas— se salmodian en impecables endecasílabos, reservados solo para ese uso ceremonial y con desgastes. Después, ya en paz, los que han estado afilando sus números se irán a pasear por las vastas terrazas que se proyectan sobre paisajes dorados como vitrinas con tableros de ajedrez donde se mueven, apenas, seres calmos y mecánicos. Para eso, que no cuenten con él, que lo vayan sabiendo. Porque si se tratara tan solo de sumas; pero se sabe afectado en particular por las restas, que aquí articulan junto a las divisiones, en forma casi programática, logrando una exhibición sanguinolenta, de modo tal que no se le

ahorra a ningún sensible el disgusto de ver los resultados arrojados por cualquier parte. En ocasiones los ha visto flotar sobre aguas que, como ocurre siempre con esa sustancia tan delicadamente pura, se contaminan al instante.

(... *Y no es que Byobu tenga la perspicacia que han de haber logrado las marionetas, a fuerza de delegar en otras manos la dura responsabilidad del movimiento.*)

# Malentendidos de cuidado

No siempre Byobu es capaz de anticipar cómo concluirán las situaciones en las que se involucra. De ahí que ríspidos caminos, nidos de ofensivas avispas y aun abismos fragorosos acechen su incapacidad de desarmar propuestas donde los lúcidos le ven el rabo al peligro. Quizás las previsiones lo aburran.

Digamos que acepta el convite de A para encontrarse con el desconocido C, que participa en un congreso y desea conocer a B. Tratándose de un forastero la cortesía le pide que se traslade a verlo. Imagina una sesión colmada de participantes que en ese momento cumplen con una de sus funciones: oír a los demás.

Un invitado especial, al concluir la sesión en la que ha sido protagonista, no puede eximirse de atender la labor ajena, pero no le será difícil, quizás, hacer un aparte en el que se saludarán, concluyéndose sin más el breve trámite que ya siente inútil y empalagoso.

En la salita de sesiones, los participantes rodean una larga mesa. Byobu se sienta al margen, en un rincón acogedor, amparado tras una espalda. Ya le pesan las dos horas que no dejarán entre sus redes ni un pececito dorado ni el leve aleteo de una alimonada mariposita campesina. De cuando en cuando, C le destina miradas intuitivas. Quizás sospeche que está allí por él y le comunica que está sometido también él a absurdas normas. Muchos añoran la capacidad de retirarse en el vacío, ante los hastíos de la vida, dejando en su lugar la máscara del rostro. ¿La tendrá el invitado especial, tras sus ojos atentos y aseverativos?

Esta divagación refleja —pero como en el agua ondulada de un estanque— lo que Byobu produce en un papel, cadáver exquisito escrito a solas, intento carminativo de corregir un estado de gasificación mental con el que sacrifica en el altar de las exigencias sociales. ¿No está cediendo ante una esclavitud buscada?

Entre tanto, otros participantes de la "conferencia" ven llegado su momento de placer: oírse y hacerse oír en la cofradía académica, expresando dos o tres ideas, referidas a obras, a veces importantes, que no requieren las muletas que ellos ofrecen con reiterada generosidad. (Byobu sabe que los problemas reales que plantean ciertas obras, por lo general poéticas, no son iluminados como él agradecería). Mientras oye esquemas demasiado frecuentes —ni siquiera arropados en algún oropel de estilo—, el tiempo pasa con tanta dificultad como la que encontraría un trineo para correr por un pedregal, desaparecida la nieve y también los huskies encargados de tirar de él.

El final de la sesión se aleja bajo una sucesión de voces muy estimuladas mientras él recuerda un río que empezó a congelarse bajo sus ojos atribulados de viajero poco hecho al hielo. ¿Tendrá C todavía interés en el encuentro? ¿O compartirá su aburrimiento? Es posible que desee el final de la sesión para hablar sin ceremonia con sus iguales —entre los que no cree contarse— en privado. Los congresos se hacen para verse con amigos.

Quizás la buena voluntad de A cometió un error. Poco acostumbrado a que lo quieran conocer, Byobu se siente incómodo ante C, que quizás dijo por cortesía lo que sea que haya dicho; ante A, que parece estar tan harto como él. Además, si ellos son muy amigos, él saldrá sobrando cuando esto concluya. Se dice: estas ceremonias pronto se extinguirán; asisto como una *tricoteuse* no entusiasta al pie de la última guillotina. Llegado este punto se le acabó el papel de que disponía, única excusa para no considerar la tarde del todo echada a perros. En realidad, sabemos que concluyó llevando su cortesía más allá de lo aconsejable, el malentedido inicial hasta su propia casa y arrepintiéndose, como siempre que se suma con participación irreflexiva a una materia incierta, imaginándose en

otros tiempos, cuando la humanidad era humana, nunca demasiado humana.

# Puntos sobre las íes

Alguien, ignaro pero expresivo, dejándose llevar por la pista de hielo de las frases repetidas sin análisis, entre *la poire et le fromage*, hora afectuosa, afirmó su gusto por poner los puntos sobre las sillas.

Byobu, al oírlo, se dijo que él había preferido la rutina de poner acentos sobre las íes, pero que a partir de ese momento los colocaría sobre algunas sillas también, siempre que su diseño fuese ejemplar o ellas muy cómodas. Sobre muchas cosas y seres le gustaría distribuirlos: sobre pavos reales en una rama, sobre las versátiles nubes o la música de Couperin y Bach un día, la de Schütz, la de Schubert o la de Zelenka otro, sobre las constelaciones de insolente inteligencia hilarante de Manganelli, el impoluto armiño de Emily, por tanto tiempo encerrada en un cofre en medio de la pacatería norteamericana, o el sensual autoflagelado desamparo del entrañable López Velarde; sobre las vidriadas, filosas palabras de Virginia; en una etimología, cuando entra en ella como en un microclima; en cierto retrato de Holbein o del Bronzino; en cualquier Klee, en cualquier Morandi. Siempre, en todos los casos, como quien se apoyó en una materia pegadiza de la que no podrá desprenderse.

Sabe que sus gustos personales carecen de importancia pero, escuálido de religión establecida y de algunas otras convicciones generales, imperfecto de poder suasorio para sus seguridades éticas, querría mucho sentirse un eslabón de una cadena útil, no importa si difusa; ser capaz al menos de puntualizar ciertas cosas bellas, únicas que nadie va a disputarle, de eso está seguro, porque ya a muy pocos les importan. De ahí que lleve siempre su inútil montón o

titipuchal de acentos y se afane tras íes y otras cosas desamparadas y que le parezca estimulante la libertad con la que alguien, que desperdicia todo el empleo escrito de la lengua, fragua con tanta autonomía de vuelo oral sus propias frágiles soldaduras como si viniesen de una eternidad solemne y mágica.

# Temas sociales
# o del humor como absceso

Entre el malhumor y el buen humor hay igual distancia que entre la desesperación y el vivir normal. A veces Byobu, aquejado de vanidad, se supone, sin mucha reflexión, todavía capaz de esperanza. Usa un remanente de energía para ingresar al parque de diversiones del intercambio de pensamientos en sociedad, espacio que puede ser de terror, con montañas rusas llenas de vértigos de intrascendencia. Pero a veces allí se discute; entonces sazona problemas, asimila los que proponen otros. Muchas veces los problemas les pertenecen en propiedad a estos, que lo autorizan a participar de lo molesto que contienen: dudas luxantes entre dos opciones no compatibles. Hay que verlo hilvanar el vacío, capa a capa —como un nadador que se zambulle de un alto trampolín traspasa las del aire, imaginarias—, envuelto en sus propios problemas, tendidos para protegerse de su o de sus interlocutores y sus temas que, en puridad de verdad (diría un español) a él le valen madre (diría un mexicano) o familias enteras. Así, según lo que se especula a su alrededor, cruza entre vericuetos de la política, cuyos rumores mueven y han movido al mundo —aunque no se quieren hechos sino contenidos manifiestos. A él, por escepticismo y por hastío, después de haberle herido mucho en lo secreto, ha pasado —última defensa— a inquietarlo menos que el color de las algas a un ciego. Si bien muchas sociedades cultas estipulan que en reuniones amables no han de tocarse temas insidiosos como los referidos al dinero o que susciten quemaduras de cualquier grado, ni siquiera

asuntos demasiado personales, otras, en las que el respeto al genérico prójimo no hila tan fino, se entregan de lleno a agitar materias urticantes. Por ética y por estética personal, sabiendo que la atención de la gente se fatiga y agria cuando el yo del otro gana el primer plano, aunque sea el de una línea de fuego, Byobu intenta olvidar sus problemas más privados. La caridad solo acepta el encarecimiento de la ajena asignación en el preciso momento en que está por evaporarse o se ha evaporado: a las puertas de la muerte o cuando ya se las cruzó. Por eso se empeña en pisarle por un rato las cabezas a su hidra incesante, aun sabiendo cómo eso no basta; también deberá olvidar tan solo algunos problemas. Cuidado. Si olvida todos parecerá feliz. Eso es imprudente. Entonces Byobu se arroga el derecho a la distracción ante aquellas cosas en las que podría estar pensando y olvida o hace como que olvida a aquella hidra íntima o tenia de alcurnia y en vez de refugiarse en su garigola se abre a los temas importunos y se enzarza en un discutidero que al concluir le habrá deparado más problemas, qué duda cabe. Otras veces se siente seco y retorcido como una serpa, como un sarmiento sin savia y como a un sarmiento no se le suponen ideas, vacío en todas sus instalaciones. En ese último estadio, Byobu segrega humor, capullo que protege bastante, grito lejano del nido del terutero acorralado.

# Byobu y los yamabushi

Desde hace algunas noches, Byobu duerme mal. No sabiendo a qué atribuir eso que, sin merecer ser considerado enfermedad, lo desmadeja y se abotaga —se lo dice sin convencerse de que sea inocuo no dormir—, resuelve observar las posibles novedades de su vida. Podrían haber sido elegidas erróneamente, con influencia dañina en su serenidad nocturna. Buscará alimentos como espuma casi sin peso, privados de especias que inciten a bríos fuera de hora. Rechazará aceites que ocupen las energías de ácidos laboriosos, a los que quiere en nocturna paz, se embalsamará con aromas sedosos y sedantes. Pero duda ante cualquier método. Toma líquidos o deja de tomarlos. No come nada o imagina un abrupto cambio que fatigue toda su máquina, a ver si así. Pero no, ninguna variación ahuyenta el desvelo. Su insomnio progresa. Una noche, después de dos horas de un obsesivo revolverse en la cama, cree registrar un núcleo de sombra exterior y activa; sombra que no atrae el sueño: le depara ahogos y sobresaltos. Perdido su espíritu de lucha, enciende la luz. Al menos leerá. Junto a su cabecera espera un libro postergado desde hace días por la primordial preocupación de descansar. Acostumbra dejar que el azar le proponga un pasaje. Sobre esta mínima concesión a la magia, tan replegada ante el mundo moderno, se apoyará o no el entusiasmo para la lectura total, ahora sí, en buen orden. Abre el volumen en un pasaje sobre los yamabushi. Estos ascetas japoneses, suicidas lentos y eficaces, reputaron necesaria la momificación para su encuentro con el Buda futuro. En pro de esa dicha, se exprimieron en vida, eligiendo ciertos

alimentos favorables para llevar sequedad a la materia humana, aguanosa hasta el abuso. Así, hasta poder privarse de casi todo. Alguno, más impaciente, se regaló con cortezas ricas en tanino. No bien lograban reducir al mínimo su sustancia, se acomodaban tan ricamente para su muerte en la fosa que sería su tumba, en una montaña sacra, sentados dentro de una caja de madera, aislada de la humedad de la tierra. Entre la caja y las losas de piedra que cubrían la tumba, un espacio guardaba el aire que ellos respiraban por un bambú, meditando sobre cómo, ya momias, llegarán a su cita. Cada tanto, para avisar que aún viven, tocan una campanita.

De esta página, también ella oculta en el centro de un libro ignorado, le llega a Byobu un vértigo seco, una asfixia que condensa el malestar de todas estas noches. Todas estas noches en que el libro esperaba en su mesa —ahora no se atreve a llamarla mesa de luz— para oprimirlo con el vertiginoso horror y poder de un acto que todavía se practicó en el siglo XX.

E imagina la atmósfera invadida por esos espíritus sequísimos e indudablemente más volátiles y traslaticios que otro alguno de los que podrían errar en nuestras cercanías. Por una vez le alegra ignorar la lengua misteriosa, que quizás sería aún mejor conductora de tanto espectro exprimido, concentrado, activo a distancia —comprueba Byobu—, que se apresurará, rendido, a reintegrar el libro a la biblioteca de donde lo tomó en préstamo.

# Cerro

Pese a todo, ama esa imagen. Se siente incluido en ella. Solo en la superficie que esconde una densidad ocre o café, envuelta en indeciso gris a la distancia y que no es colina, ni alcor, ni collado; es cerro. No le gusta tanto ese pedregal de montaña donde se deslava la palabra, muy primitiva, como tantas en las que redobla la guerra de las erres. De cerca aparecen las verdes pendientes, que nacen de la bahía sin arrecifes, y al subir, en esta, las vetas de azules salvos que proponen y niegan inquisiciones. Ve su gualdrapa de árboles al sol de esa tarde. Asomarse ahora a tan ileso simulacro sería renacer, sentirlo más alto, con más follaje y más Patinir abajo, y él entonces despertaría a un niño remoto y a novísimos niños, que sin duda derivan en otro sueño. Pero al cerro —olvidado como emblema— lo rodean arena y muchas torpezas sin redención; no nace en el aire, sino en tierra distante, donde nada traba —¡qué desventura!— la cinoglosa que la hace más oscura, más lejana. Y sin saber por qué, piensa en el pez que en el primer libro de Zhuang Zhou se transforma en pájaro y vuela, al llegar la gran marea, mientras que una paloma, molesta por eso, murmura: ¿Y ese quién se cree?

# Frustraciones orales

Le ha oído decir a alguien a menudo: "La gente me aburre porque no cuenta cuentos. Me gusta que me cuenten algo. La gente solo hace comentarios. Por eso me aburro". Dado que a Byobu, como es natural, no le gusta aburrir a nadie, y menos a esa persona, no echa en saco roto declaración tan concluyente y con tacto intenta almacenar hechos de interés susceptibles de cobrar forma de relato, para ver si es posible suministrarle al exigente por el oído algún alimento de su gusto. Pero este olvidó añadir: "Y me gusta que me los sepan contar". Byobu está seguro de ser lo menos parecido a un aedo y de carecer hasta de los rudimentos del arte del relato vocal, sobre todo desde que observó, alguna vez que tuvo entre manos una materia que le pareció de interés y hasta sabrosa y empezó a organizarla con miras a intentar una relación, cortita nomás y de pocos pormenores, ante el ríspido oyente, el mismo aburrimiento que dice provocarle la ausencia de cuento. De ahí que, ya dando por puesto el *deficiente* que merece en *expresión oral*, se nutra de la esperanza de algún magro logro en *expresión escrita*. Recuerda la historia de una conocida, excesivamente conversadora, cuyo consorte, requerido por sus propios pensamientos y por su trabajo, que algo se alimentaba de ellos, solía abstraerse por completo, si bien educado no se retiraba, abandonándola a una palabra vuelta monólogo. Ella, que lo notaba, seguía en un fluir apacible, pero ponía de pronto un brusco recodo en su relato, y sin que viniera a cuento, su culminación: *¡Y se murió!* El poco oyente, sobresaltado, ya que la muerte no dejaba de ser acontecimiento esencial, salía de

su paréntesis y, cayendo en la trampa, averiguaba: *¿Quién?* Su distracción previa quedaba en evidencia y su cuello, en el cepo del parloteo. Un día de estos, Byobu se dedicará a inventar quién sabe qué tremebundas crónicas, salpicadas de desmanes y explosiones, que sean como trampas de resorte que sujeten por un pie auditivo al díscolo protohastiado.

# Encrucijadas

¿Cómo saber ante cualquier avenida, alameda, o mero camino, que no se está ante un callejón sin salida? Los inevitables árboles del borde, sean o no álamos, pueden llevar más adelante al estrechamiento, la desnudez, el pantano. También la amplitud puede diluirse en el ultraje de la extraversión de todos los límites.

Y cuidado con olvidar el riesgo de una encrucijada. Allí toda paz termina. Puede empezar, a lo mejor, la nostalgia. A lo peor, el ansia, la discordia, el apremio. Hoy no tanto la angustia ante el pedido de demonio, fantasma o trasgo que las leyendas convocaban al aire de los cruces (Cunqueiro anunciaría enano), sino la de la elección obligada, la más temible. ¿Acaso cada encrucijada no encierra un círculo mínimo, pero círculo al fin, y por tanto mágico mandala? En ella puede estar esperando el azar, el destino (la primera de las cinco "lógicas de la inercia" que inventó Plutarco).

Un país entregado desde mucho tiempo atrás a los áridos dioses del positivismo y a la sólida desconfianza o prevención contra cualquier resquicio de manifestaciones de poder divino, es la más fácil presa de Exú, el ángel caído. Este nombre no resultará a todos tan familiar como Satanás o Luzbel, o simplemente Diablo, pero a fuerza de ser en nuestro mundo algunos siglos más joven, tiene muchos adeptos en una moderna forma de presunción religiosa, la magia Umbanda o la Quimbanda. La primera al parecer mira hacia el bien y la segunda hacia el mal. En esta reina Exú con todos los nombres por los que responde, de los cuales suena más simpático Exú Tirirí, aunque no es cosa de fiarse de su campanilleante sonido,

ya que Exú Tirirí, que reina en las encrucijadas, es maligno y zumbón como un *trilby* británico. Algo más exhibicionista, se complace, según quienes saben de esto, en señalar su presencia con una luz roja en su cabeza, aunque se cubre con un velo nebuloso. Queda confirmada una vez más la aprensión que las encrucijadas han producido en todas las épocas, bajo todas las mitologías. Todavía entre las dudas que aparejan, corremos el riesgo del surgimiento de un demonio, bajo el nombre que en ese momento se le antoje. Aunque hoy las carreteras solo admiten cruces.

Sin duda algún modesto camino, al fluctuar entre las poco perversas ondulaciones del paisaje campestre uruguayo, recibe la irrupción de otro; quizás alguien, sin duda habitante de un desgarrado, casi difunto pasado verbal, es esperado allí por el ingrato y tortuoso fantasma de las encrucijadas, que surgirá más maligno que nunca: concentrado por desuso, debe odiar al mundo que transita, ignorándolo y de ser una acechanza cualquiera, de grado bajo, pasa a ser el cada vez más poderoso Exú Tirirí, diablo de campanillas.

Las ciudades han terminado de someter a las encrucijadas. La encrucijada, que figuradamente también significa acechanza, en las ciudades se quiere inocua y se disimula como simple esquina. Derrotando los perfiles invisibles del aire, se levantan masas concretas y habitadas, fatalmente exactas. No hay pérdida más irreparable que la del misterio, que se ha esfumado sin ganancia para nadie.

# Distracción imperdonable

Una obsesión filiforme implora una fisura por donde evocar, desde dentro de un alma libre, un momento perdido del pasado cada vez menos sólido, más famélico y evanescente. Hay frases apenas condensadas, como si viniesen de seres que en una playa hablan a solas, seguros de que nadie las oye, nadie las recibe para aceptarlas o refutarlas. Frases que se cubren de inmediato con la arena de la pérdida imprudente. Byobu piensa: no hay malestar como la sombra que se derrumba sobre los más custodiados recuerdos, emparentada con la pared sin hiedra, con la hiedra que se amontona, talud abajo, sin sentido de utilidad o de belleza, tumba verde, oscura fosa común.

# La coherencia interna

Cada vez que me propuse ser otro, suspira Byobu, insistí en ser el mismo. Cada vez que derivé por un fluir que parecía nuevo, orientado hacia otro punto cardinal, giré en un remolino, de regreso a la primera inmersión. ¿Dónde estoy, respecto al primer error, dónde, con relación al primer acierto? ¿Cuál es la obligación humana?, ¿resistirse al arrastre de esa fuerza estocástica, aleatoria y determinante, que genera la sociedad o ceder ante un poder que sabe lo que ignoramos, que piensa por nosotros y reina por sí aunque no aceptemos la parcial aniquilación —en el caso mejor— de nosotros mismos?

Resistirse lleva a ser un miembro inane de la sociedad. Pero en esta pesan cada vez más la inmoralidad sin ideas, la solidez estulta y los que le conceden el dominio y los pequeños listos que destinan la liga de su listeza a conseguir sus pequeños propósitos: predominar en sus limitados campos de actividad (oficina, universidad, club, grupo humano, sea cual sea, incluso de los sentados en una playa juntos). ¿No es inmoral ceder a la tentación de dar pasos por territorios ajenos, dirigidos por las eminencias mazorrales que reinan en estos malos tiempos que integramos?

Byobu analiza la órbita en que giró tras una intención que creyó correcta, casi inevitable. Ceder a la presión social. Difusa en la medida que era propulsada desde casi todos los puntos cercanos, pero turbulenta. Y aniquilarse. Luego concluye que también era fatal que esa turbulencia, correctamente intermitente, provocara una respuesta similar, en espejo: la suya. Y sosiega un poco su posición

actual respecto a un punto de partida remoto y discutido. Ahora se resiste por dentro, mientras finge ceder.

# Indiscreciones sordomudas

Estamos habituados a formar parte de un todo armónico, aunque sea humano. Gusta la singularidad, pero a veces sobresalta. Byobu, al que le ha tocado viajar en autobús en medio de un grupo de sordomudos que actúan sin inhibición alguna, escandalosos de gestualidad, se descubre heterogéneo. Eso lo desconcierta. Su incomodidad aumenta al advertir que sus forzosos vecinos superponen a sus gestos imprescindibles —los básicos, letras o sílabas que equivalen a su lenguaje— otros, enfáticos, con los que completan el discurso dibujado en el aire. Los orales y sonoros cometen gestos iguales cuando señalan una medida, como el ancho de un cinturón, la posición de un sombrero o la altura de un niño. Ellos también traducen o sintetizan la actitud de una persona y entonces son juicio o burla. Pero los orales solemos considerar más elegante la sobriedad expresiva; ostentosa y vulgar, la riqueza gesticulatoria. Nos sobresaltan las manos que nos abanican de cerca los ojos, metiéndose en esa breve capa de aire tan privada, tan necesaria como la tierra para nuestros pies. A cada lado de Byobu avanzaba una pirotecnia alegre e invasora. No veía posibilidades de escapar a ella, salvo mostrándose incomodado y ofensivo. Y eso no era decente. Por otra parte sentía la suprema molestia de estar metido en el campo de ajenas privacidades, melindroso de estas, como de la suya. No quería que su mirada pareciese prensil e intentaba un pensamiento deslizante. Al fin, resolvió cambiar el destino de su viaje y abandonar el autobús a sus compañeros, invasores inconscientes de una paz que dependía —nunca lo hubiera

supuesto— de manos retenidamente en calma, en la falda, en los bolsillos, en actitud de rezo o de chinesca gratitud. Lo que fuese pero sosegadas.

# Estaciones

Las estaciones —le parece a Byobu— están hartas de nosotros y resueltas a hacer valer sus caprichos. Traslapándose unas sobre otras, imponen la libertad de su desorden. Bajo los leves velos del otoño, que va para invierno, comparece de pronto el caprichoso verano, con ráfagas absurdas de bochorno, más intolerable porque atropellan a todos los desprevenidos envueltos en lanas ahora sin razón. Sí, se siente ridículo con su bufanda y su sombrero riguroso. Pero en el mismo momento lo asalta el fantasma del enfriamiento: cuando un incauto se deja vencer por el sofoco y se despoja de la ropa protectora y ofrece su carne y más abajo su pleura delicadísima, aquel se precipita, el cuchillo invisible enarbolado para la agresión. Byobu se hace el sordo, sagaz ante el reclamo ignaro de su cuerpo y sigue adelante como si gozara de una isotermia de la que carece. Al menos ese día no será vulnerable, aunque lo agobie la calígine.

A veces —él mismo se asombra— tiene razón. En su casa, se olvida gustoso del tiempo. Pero a la mañana siguiente, la mirada sometida que lanza desde la ventana sobre el mundo se lo muestra gris, en su lógica gris, desde el cielo hasta el espíritu de quienes caminan doblados bajo un paraguas y arrebujados otra vez en uniformes lanas.

# Byobu y la aceleración de la historia

Byobu, con profundo respeto por los que saben, oye o lee y siempre acata las urgentes informaciones que día a día cambian el panorama en el que está inmerso. A veces cree estar mirando el mundo a través de un ocelo. (El ojo del insecto, al parecer, ve las cosas multiplicadas). En realidad la ocelización no se le produce a Byobu con la simultaneidad que ha de ofrecérsele al insecto, sino en aburrida sucesión, que multiplica todo en infinitos, idénticos espejos. Él querría protocolar tanto caos.

Recibe los cambios con admiración cariñosa por los científicos y los técnicos que trabajan noche y día —cómo ignorarlo— por el bien de la salud de la raza humana, a la que él, pese a todas sus habituales dudas, sabe que pertenece. Se conmueve ante la posibilidad de que células de su médula, solidarias con el resto de su humanidad, puedan disponerse humildemente a cambiar de rango y de funciones y trabajar, si él tuviese un infarto, reemplazando las células heridas de su corazón. Imagina que su cuerpo, siendo un organismo, debe regirse por principios jerárquicos como los que él se ha acostumbrado a respetar fuera y no le cabe duda de que las células de su médula sean muy importantes, no sabe si más que las del cerebro. Pero de inmediato piensa que las del corazón no han de serlo menos. Y se tranquiliza.

A la vez, Byobu es consciente, entre otras cosas, de la llamada aceleración de la historia, de la que tanto se habla.

Esta le plantea problemas, diríamos íntimos problemas, porque no todas las criaturas muestran estar sacudidas por ellos. Pero él les ve una dolorosa magnitud. Si la dicha aceleración es tal, ¿en qué grado debe rebajar el respeto que siempre le han merecido los viejos tiempos, que prepararon estos de hoy? O para ser más precisos, los actuales tal cual se aprecian en aquellas zonas que se arrogan la representatividad de nuestro grado (¿sí?) de civilización. Porque es bien sabido que no a todas las sociedades se las sitúa en el mismo nivel. Otra interrogante no se la plantea tan solo él, sino, supone, los bien nacidos que aún se exponen a pensar con su cabeza, ignorando el río indistinto que arrastra las miserias difundidas e impuestas por el Poder Único, ya plasmado e indiscutible. La injusticia existe para que quien la comprueba saque fuerzas de la miseria ajena capaz de causarla y se revise en busca de alguna grandeza propia, por pequeña que sea: única posibilidad de ponerse fuera del alcance de los dardos de aquel inevitable rasgo humano.

Oye a Marin Marais, su bajo continuo replegado sobre la máxima discreción del sonido, y se dice: es en la música donde nuestra miseria moral actual debería buscar refugio, cortesía, la franja oscura en que abrigarnos y translucir nuestro oscuro estado espiritual.

# Pereza

¿Qué es esto? —piensa Byobu—, ¿una reflexión que se pierde en nebulosas o una nebulosa que llega, atraída por el vacío que se disfraza de reflexión? ¿Intensidad o lateral huida velocísima de partículas capaces de fragmentar la realidad en todavía menos apreciables pizcas? ¿Sin más al zen?

# Byobu y el semáforo

Hay días de compadecer. Temprano en la mañana fría, Byobu ve a un señor que, al pie de un semáforo empedernido, oprime el botón amarillo, tal como está indicado. Allí se queda quieto, en orden. Sin duda, afectado por un acceso de ingenuidad, supone que a su gesto va a producirse el paso del amarillo al verde. Sin embargo, aun donde todo reclama obediencia y la logra, nadie ve nunca a un semáforo cambiar el ritmo previsto desde que un semáforo es lo que es. Byobu supone extranjero al obediente señor. Los hindúes, adaptados de diferente modo al orden milenario de las cosas, a veces exhiben esa impavidez de quien no tiene ninguna urgencia o de quien, teniéndolas todas, sabe que por el acatamiento también se logra, si se da en el blanco de la benevolencia de algún dios, el inmediato suceder de lo antojado.

Los díscolos se impacientan. Perciben el mal ejemplo de una actitud que es callado himno a la obediencia a toda autoridad y desahucio de la anarquía, un dormirse en el orden y perder el rumbo del moverse al libre capricho. Un semáforo, para ellos, es un mecanismo de supervisión y acatamiento, con finalidad ergonómica. Debería actuar, en cambio, como un inervador del peatón que lo enfrenta, para que este, que en las ciudades es un elemento cada vez más incongruente, se asuma como refractario esencial, sabedor del estatuto casi de proscrito en que lo coloca la calle, escenario alzado para la actuación de otros. ¿Puede aceptarse que una columna sin ningún estilo, que culmina en una agresiva combinación de colores, cree esperanzas en un ser pensante, lo impulse o lo

detenga? ¿Es tolerable que un ser más o menos humano (nada es más difícil que establecer con exactitud el grado en que cada uno ha alcanzado esta precaria condición) se someta ante ruines máquinas rodantes y ruidosas, que integran un regimiento en flujo hostil?

Hay díscolos diversos: los que no entienden las órdenes, los que entienden y no acatan. Otros, bien delimitados por su color y su textura, buscan la rebeldía como una rara especie de conocimiento a punto de estancarse, ante las máquinas que gobiernan y los gobiernos-máquinas, perfectamente aceitados.

El señor que confía en el botón amarillo se ha ido durmiendo, como un oyente de Elgar, que mira ensimismado el futuro lentísimo.

# Pensamientos propios

Recuerda Byobu las palabras más de una vez escuchadas en su adolescencia a un personaje que vendía en los autobuses, con aire muy digno, a cambio de lo que los pasajeros ofrecieran a voluntad, una hoja impresa: *Estos son pensamientos propios*.

Con el tiempo lamentó no haberse hecho de una de esas hojitas —que hoy imagina cargada de terso delirio—, no sabe si por apocamiento o por el desinterés que suele aquejar a quienes sufren aquella etapa cargada de angustias, de sentido del ridículo y de las inhibiciones resultantes. Se dice: todos tendemos a llamarle "propios" a los nuestros, aunque nadie puede estar seguro de que los pensamientos que descubre en su cabeza lo sean: cualquiera puede venir flotando en la universal correntada, de una criatura en otra, de un tiempo en otro. A él le constan las frecuentes desazones que padece por encontrar palabras que él tenía por cultivadas y recogidas en huerto propio, ya escritas, aproximadamente o mejor, en lo ajeno.

Hoy el viento es poderoso, pero no es él quien lo dice, sino las ramas de la encina. Aprender de esa discreción, de esa lección muda del viento.

Cuando el fantasma del museo vio la recién colocada holografía de la cabeza de Nefertiti, tuvo primero un ataque de angustia existencial. Luego se enamoró.

Nunca se supo si aquel fantasma a rayas era blanco o negro de origen.

Los cuentos de fantasmas son racistas: ¿alguien recuerda alguno en que el fantasma sea de color negro y use sábana del mismo sufrido color?

¡Aquel pobre fantasma descuidado! Cosía los rotos de su túnica con hilo negro.

Es inevitable que los paralelepípedos me hagan pensar en pingüinos.

Un cuadrado acongojado se atrapecia.

La suma de los ángulos que añoro sin duda es mayor que 360.

Las palabras no deberían ser reiteradas sino en las invocaciones de la magia.

La poesía busca sacar de su abismo ciertas palabras que puedan constituir el tejido de cicatrización tras el que todos andamos sin

saberlo.

Las palabras son un modo de organizar el tumulto interior, de estar mejor que solo, callado. A veces hay que hacerles cambiar su forma de andar por el mundo, el uso impuro a cuyo automatismo agamuzado nos habituamos.

Son menos que los árboles; pueden tener raíces hacia lo hondo, pero no crecen hacia arriba. En el fondo, les perturba el cielo. Si lo descubren, ya no se sienten nunca más cómodas en la bárbara garganta de los hombres.

Un jardín es lo que puede ser o no ser, dependiendo de nosotros; puede ser la hipótesis, soñada, ya fuera de posible corroboración. Y quizás ese jardín imaginario solo alcance su perfección cuando entre con nosotros en la infinita niebla del ser que nos vigila.

Siempre soñó en ser un jardín, pero un día descubrió que ahora se había vuelto una plaza fuerte.

Anillo redro: cada año agrega un nuevo anillo a cada tronco de árbol, como deja su círculo en las astas del ganado. Marca secreta que después de la muerte revela la fractura. En nuestro caso serán páginas calladas: anillos de duelo.

Cómo ha de fatigarse el espejo, siempre al servicio de nuestra inane superficie.

A veces la superficie de lo dicho arde, mientras el techo se va cubriendo de espinoso hielo.

Sin pericia pardea el amor de los débiles, alcanza su crepúsculo lo que fue refulgente. Sin rayo verde.

Nadie puede tener entusiasmo a perpetuidad. Solo las angustias son perpetuas.

¿De qué sirve un día solo compuesto de cosas provisorias?

Al prolongar el trabajo hasta la fatiga nocturna comprometemos a la vida a que nos asegure un día más de lo que tenga previsto.

La vida: un mapa atormentado por un viajero irresoluto.

Será, no lo ofrecido sino lo que de ello aceptas, tu reserva final.

Mientras uno espera algo que no llega, un autobús o el cumplimiento de una esperanza, la demora se hace más tolerable si entre tanto se acepta mirar el mundo. Aunque en tantos pormenores nos defraude, puede ofrecer involuntariamente algo grato, el color del cielo, el vuelo de los pájaros, lo curioso de algún humano.

¿Tendrán los franceses, que todo lo tenían, un equivalente al "carpetovetónico" español? Quizás eso a ellos no les toca. Como Byobu compartió un largo viaje en barco con señores de la campiña francesa y sus consortes —si de otros se tratara diríamos parejas de campesinos algo primitivos—, que viajaban a Paraguay en tiempos de posguerra a "hacer la América", no duda de que lo tengan. Entonces, si ese término existe, un nombre como el de Paterne Berrichon denominaría un ejemplar antológico. Paterne Berrichon, sí, el que debió a su cuñado Flaubert que ese nombre sobreviva.

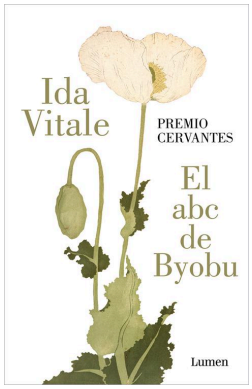
A los utópicos de Tomás Moro solo dos razones los llevaban a la guerra: defender su territorio atacado y liberar a un pueblo oprimido por la tiranía. Eso en respuesta a las razones personales de algunos monarcas, disminuidos por las razones de otros. Se diría que esas razones siguen siendo válidas hoy, en lo aparente, para muchos gobiernos. Pero si alzamos la capa aterciopelada que disimula los móviles del ataque, vemos que hoy hay dos razones colectivas: una se llama Comercio, infinitamente más difícil de atacar que las razones personales o imperiales. Otra se llama Petróleo. No hay magnicidio que los alcance.

Creer ya no es ingenuidad sino pereza. Creer en alarmas de conquistadores, mucho más que pereza moral.

Nos ocultamos del frío con algodones, sedas, lanas superpuestas, pero el frío entra por los ojos, por los oídos. Hasta lo que pensamos padece frío, intenso y sin defensa. Las ciudades ofrecen seres congelados por los hábitos, los egoísmos, la estupidez. ¿Dónde está la tibieza que imaginamos antes? ¿Nunca existió? Lo más terrible no será la muerte, entonces, cuando llegue, sino morirnos habiendo descubierto antes el error de nuestro termómetro.

No hagas mal que por bien no venga.

¿Hacia dónde corremos los que estamos tan quietos?




Hay una delicia en redescubrir lo cotidiano por medio del lenguaje rarificado de la lírica. Como si al nombrar lo común con una precisión extraordinaria surgieran no solo nuevos poemas, sino también nuevos mundos. Como si se llevara a cabo un acto de magia verbal que transforma la realidad desde sus engranajes más profundos.

*El abc de Byobu* juega con la figura del biombo (que en japonés se relaciona con las raíces de «pantalla» y «viento») para entrever reflexiones sobre lo mínimo y habitual, escritas desde la perspectiva de la palabra como umbral de posibilidades y como personaje de una conciencia original y lúdica.

A lo largo de treinta pasajes, Ida Vitale construye un universo amplísimo y cálido, en el que el lector tiene la oportunidad de transformarse en un animal lingüístico y escapista que corra por estas páginas de la mano de la poesía.



**Ida Vitale** nació en 1923 en Montevideo, donde estudió Humanidades y fue docente de Literatura hasta los años setenta. Las adversidades políticas la forzaron al exilio: residió en México de 1974 a 1984 con su marido, el poeta y profesor Enrique Fierro, y aunque con él volvió unos pocos años al Uruguay, a finales de los ochenta se estableció en Austin, Texas. Desde 2018 reside de nuevo en Montevideo. A partir de los años cincuenta Ida Vitale ha publicado poesía, crítica y prestigiadas traducciones, y ha colaborado en importantes revistas de la América hispana. Buena parte de su producción lírica se publicó en *Poesía reunida* en 2017. Su prosa, aguda y ligera, de penetrante originalidad, puede leerse en *Léxico de afinidades, Donde vuela el camaleón, De plantas y animales, El abc de Byobu* y *Shakespeare Palace.* Ha sido reconocida con múltiples galardones por su trayectoria literaria, entre los que se encuentran el Premio Octavio Paz, el Alfonso Reyes y el de Literatura en Lenguas Romances que otorga la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en México; el Premio Reina Sofía, el Federico García Lorca y el Cervantes, en España, y el Max Jacob, en Francia.



**El abc de Byobu**

Edición en formato digital: octubre, 2025

D. R. © Ida Vitale

D. R. © 2025, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño de portada: Penguin Random House / Amalia Ángeles
Imagen de portada: Istock
Fotografía: © León Muñoz Santini

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación,

procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-386-589-0

Composición digital:
*Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.*

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

# Índice

*El abc de Byobu*

Una historia
La vida no es una línea recta
Amor muy platónico
Byobu, apenas corpúsculo
Trabajos terrestres
Nudos
Vizcachas, camellos, Polonios
De lo anodino
Molestias que acongojan a Byobu
Verano
El sapo sensible
Entre sentidos y neutrinos
Epifanías
Contra el modo argivo
Carrera
El habitante
La angustia
Los conocimientos inútiles
Byobu atacado de imperioso egoísmo
Malentendidos de cuidado
Puntos sobre las íes
Temas sociales o del humor como absceso
Byobu y los yamabushi

Cerro
Frustraciones orales
Encrucijadas
Distracción imperdonable
La coherencia interna
Indiscreciones sordomudas
Estaciones
Byobu y la aceleración de la historia
Pereza
Byobu y el semáforo
Pensamientos propios

*Sobre este libro*
*Sobre la autora*
*Créditos*

# Table of Contents


El abc de Byobu
Una historia
La vida no es una línea recta
Amor muy platónico
Byobu, apenas corpúsculo
Trabajos terrestres
Nudos
Vizcachas, camellos, Polonios
De lo anodino
Molestias que acongojan a Byobu
Verano
El sapo sensible
Entre sentidos y neutrinos
Epifanías
Contra el modo argivo
Carrera
El habitante
La angustia
Los conocimientos inútiles
Byobu atacado de imperioso egoísmo
Malentendidos de cuidado
Puntos sobre las íes
Temas sociales o del humor como absceso
Byobu y los yamabushi
Cerro
Frustraciones orales
Encrucijadas
Distracción imperdonable
La coherencia interna
Indiscreciones sordomudas
Estaciones
Byobu y la aceleración de la historia

Pereza
Byobu y el semáforo
Pensamientos propios
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos